ALL !N CON JORDAN EASLEY

Lo que el cielo realmente es

Cielo > Infierno | Parte 2 | Juan 14:1-3

INTRODUCCIÓN

Cuando tenía 22 años, me hice pastor de jóvenes en una iglesia pequeña, y casi todo lo que hice allí fue una primera vez: mi primer campamento, mi primer viaje misionero, mi primera serie de sermones. Pero la primera vez que nunca olvidaré fue mi primer funeral. Fue por un adolescente llamado Brett, alguien a quien tuve el privilegio de guiar al Señor apenas unas semanas antes de que falleciera inesperadamente. Brett no se crió en un hogar cristiano, y su familia quedó devastada. Durante el servicio compartí la historia de la salvación de Brett y la esperanza que teníamos de que, por causa de Jesús, Brett ahora estaba con el Señor. Y justo en medio de ese mensaje, el hermano mayor de Brett se enojó tanto que se puso de pie y amenazó con pelear conmigo. Después del servicio lo encontré solo en un rincón, y hablamos, y esto fue lo que descubrí: no estaba enojado porque su hermano había confiado en Jesús. Estaba enojado porque él no tenía la misma esperanza, y la idea de nunca volver a ver a Brett le rompía el corazón. Ese día aprendí algo: cuando el cielo es incierto, el dolor se vuelve insoportable, pero cuando el cielo es seguro, la tristeza no es el final de la historia.

La semana pasada aclaramos lo que la Biblia *no* dice sobre el cielo. Así que hoy hacemos la pregunta natural: si eso no es lo que el cielo es, entonces, ¿qué dice exactamente la Biblia que es? Y esta es la razón por la que es un estudio tan valioso: Dios no nos dejó adivinando. No dejó el cielo vago, ni borroso, ni a nuestra imaginación. Lo reveló, lo describió y corrió la cortina lo suficiente para que veamos lo que necesitamos ver. Y eso importa, porque cuando ves el cielo como la Escritura lo revela, no solo cambia lo que crees sobre el futuro, cambia cómo vives ahora mismo, cómo sufres, cómo lamentas, cómo perseveras y cómo enfrentas la muerte. Así que dejemos de hablar de lo que el cielo no es y empecemos a hablar de lo que el cielo realmente es.

PUNTOS CLAVE

1. El cielo es un lugar

En la noche más oscura de su vida terrenal, apenas horas antes de la cruz, Jesús pronunció algunas de sus palabras más reconfortantes: «No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay... voy, pues, a preparar lugar para vosotros» (Juan 14:1-3). Esa palabra «lugar» importa. Jesús usa la palabra griega *topos*, una ubicación real, una morada, un sitio donde de verdad puedes estar con alguien. No preparas una metáfora ni construyes una idea; preparas un lugar. Si alguien dice: «Te guardé un asiento», hay una silla real en algún sitio, y la expectativa de que vas a venir.

Entonces, ¿dónde está? La Escritura habla de tres cielos: el cielo atmosférico (el firmamento, donde vuelan las aves y se mueven las nubes), el cielo celestial (el espacio, el sol, la luna y las estrellas, «los cielos cuentan la gloria de Dios»), y un tercer cielo, que Pablo en 2 Corintios 12 llama paraíso. Ese tercer cielo es la morada de Dios ahora mismo, donde está su trono, donde está Cristo, y adonde van los creyentes cuando mueren, por eso Jesús le dijo al ladrón en la cruz: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». Así que ahora mismo el cielo es real, presente y poblado. Pero no se quedará lejos para siempre: Apocalipsis 21 dice que la nueva Jerusalén desciende del cielo, de Dios. Fíjate en la dirección. Dios no nos ayuda a escapar de la creación; la restaura, renovando la tierra para que el cielo, su morada, descienda y se una con una tierra renovada. El futuro de la eternidad no es almas flotando hacia arriba para siempre; es Dios que entra a morar. El cielo no es un ánimo, ni una energía, ni un estado mental. Es un lugar real, preparado por un Salvador real, para personas reales como nosotros, y Jesús está diciendo: «Lo estoy alistando, y vuelvo por ti».

2. El cielo es hogar

«He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos» (Apocalipsis 21:3). Desde el principio de la Biblia hasta el final, la historia es la misma: Dios moviéndose hacia su pueblo. El Edén era el hogar, el pecado lo fracturó, y el cielo es el Edén restaurado, Dios trayéndonos de vuelta a aquello para lo que fuimos hechos. Y esto es lo que sabemos del hogar: no se define por paredes ni muebles. El hogar es donde eres

plenamente conocido, plenamente amado y plenamente seguro, sin fingir, sin actuar, sin miedo de ser echado. «Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad» (Hebreos 11:16). Lo que ha preparado es una ciudad, un lugar de pertenencia, comunidad y permanencia, lo cual nos dice que el cielo no es un lugar donde Dios apenas nos tolerará; es un lugar donde nos dará la bienvenida.

Puedes viajar a lugares increíbles, pero después de un tiempo algo en ti dice: «Estoy listo para ir a casa». Si conoces al Señor, algún día vas a casa. El cielo no se sentirá como unas vacaciones que terminan; se sentirá como una llegada, el lugar donde el anhelo que siempre has cargado, la añoranza de algo más y algo permanente, por fin cobra sentido. «Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir» (Hebreos 13:14). Este mundo no es tu hogar, por eso nunca satisface del todo, por eso hasta los mejores momentos se sienten temporales, y por eso algo en ti siempre anhela más. No fuiste hecho solo para este mundo; fuiste hecho para el hogar, y el cielo es ese hogar.

3. El cielo es hermoso

Mucha gente imagina el cielo como algo santo pero, honestamente, un poco aburrido: limpio, callado y sin color, como si la santidad le quitara la vida a las cosas. Pero esa imagen no vino de la Biblia. «El material de su muro era de jaspe; pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio. Y los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa» (Apocalipsis 21:18-19). Juan no nos da esos detalles para que dibujemos el cielo; nos está diciendo que el cielo no es minimalista, ni desnudo, ni sin vida. A lo largo de la Escritura, cuando Dios se revela, la belleza está presente. Cuando le indicó a Moisés que construyera el tabernáculo, no dijo: «Improvisa algo»; dio instrucciones detalladas sobre color, tela, oro y arte, porque la belleza refleja la naturaleza de Dios. La santidad no quita la belleza; la santidad produce belleza.

Y el cielo no solo será hermoso en su diseño; será hermoso por las personas que estarán allí. Apocalipsis 7:9 muestra una gran multitud «de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas» delante del trono, lo cual significa que el cielo será diverso, vibrante y lleno de vida, resonando con alabanza y rico en adoración, mientras cada cultura es redimida y cada lengua es levantada. «En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre» (Salmo

16:11). El salmista no exagera, contrasta: todo lo que disfrutamos en esta vida tiene límites, se desvanece y se agota, pero la vida en la presencia de Dios no disminuirá ni se adelgazará. El gozo aquí viene en olas; el gozo allá dura para siempre. Y la razón es que en el cielo estaremos con Dios, y el gozo fluye de quién es Él. Aun ahora, cuanto más cerca estás de Dios, más plena se vuelve la vida, así que imagina estar 100% en su presencia, 100% del tiempo, sin pecado, distracción ni límite. Entonces experimentaremos plenitud de gozo y delicias eternas. El cielo no puede ser aburrido, porque nuestro Dios es la esencia misma de la belleza.

4. El cielo es nuevo

Una de las promesas más poderosas de la Escritura no es que Dios arregla todo, sino que hace todo nuevo. «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva... Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor... He aquí, yo hago nuevas todas las cosas» (Apocalipsis 21:1-5). Esa palabra «nuevo» importa. Tendemos a oírla como reemplazo, como si Dios tirara todo y empezara de cero, pero la palabra griega que usa Juan, *kainós*, no significa nuevo en el tiempo; significa nuevo en su clase, renovado, restaurado, devuelto a lo que siempre debió ser. Este mundo no es desechable, es redimible. Dios no va a abandonar su creación; va a redimirla, restaurarla y hacerla nueva, que es justo a lo que apunta Pablo cuando dice que «la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción» (Romanos 8:21). La decadencia no es la condición final del mundo; es temporal.

Ya hemos visto este patrón en Jesús. Cuando sanaba, no solo aliviaba síntomas, restauraba la función: los ojos ciegos no solo se sentían mejor, veían; las piernas paralíticas no solo dolían menos, caminaban. Esos milagros no eran actos aleatorios de compasión, eran anticipos, vislumbres de la restauración que Dios finalmente pretende para todo, y el cielo traerá esa misma sanidad a escala cósmica. Viene un día en que toda injusticia será resuelta, toda herida redimida y toda pérdida respondida, cuando no haya más funerales, ni salas de oncología, ni salas de espera llenas de angustia, ni despedidas finales. El cielo no es Dios remendando un mundo dañado; es Dios declarando de una vez por todas que el quebranto no tendrá la última palabra. Así que el dolor que has conocido no es en vano, y el quebranto que has soportado no es permanente. Dios no ha terminado, y lo que prepara no es solo mejor, es nuevo.

5. El cielo es seguro

Mucha gente habla de la eternidad en términos de esperanza en lugar de certeza: «espero estar allí», «creo que saldrá bien», «ya veremos». Pero la Biblia nunca habla así del cielo. No es una apuesta ni un juego de dados espiritual. Pablo lo aborda de frente: «Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos» (2 Corintios 5:1). No dice «esperamos» ni «creemos», dice «sabemos», y esa certeza no viene del optimismo, viene de una promesa. Pedro retoma la misma idea, describiendo nuestro futuro como «una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros» (1 Pedro 1:4). Esa palabra «reservada» significa guardada, protegida, apartada, lo cual significa que el cielo no es frágil ni depende de cuán bien te desempeñes en un día dado.

Así que si te preguntara: «¿Vas a ir al cielo cuando mueras?», tu confianza no debería anclarse en tu consistencia, sino en la fidelidad de Dios. No vas por lo que has hecho ni por cuán bien has vivido; vas por lo que Jesús ha hecho a tu favor. Cuando Él salvó tu alma no solo fuiste perdonado, te convertiste en hijo del Rey, y un hijo tiene una herencia, una que no ganas y no mantienes, sino que ha sido asegurada y está siendo guardada para ti en el cielo. Tu futuro no cuelga de un hilo; está sostenido en las manos de un Padre fiel que promete nunca dejarte. «Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano» (Juan 10:28). El cielo no es seguro porque tú seas fuerte; es seguro porque Dios es fiel. Y cuando el cielo se vuelve así de real para ti, cambia cómo vives hoy: aflojas el puño sobre lo temporal, inviertes en lo que de verdad importa, y te preocupas más por la gente a tu alrededor, porque vas a vivir para siempre en algún lugar, y el cielo es un lugar preparado para personas preparadas, alistado por el único que puede prepararte.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Jesús dijo que está preparando un «lugar» real para ti. ¿Cómo cambia tu manera de pensar en la muerte y el futuro saber que el cielo es un lugar real, preparado personalmente por Jesús?
2. El cielo se describe como «hogar», el lugar donde eres plenamente conocido, amado y seguro. ¿Dónde has estado intentando hacer de este

mundo tu hogar permanente, y cómo podría ese «anhelo de más» estar señalándote hacia el hogar para el que fuiste hecho?

3. Pablo dice «sabemos», no «esperamos». Si alguien te preguntara si irías al cielo al morir, ¿tu respuesta descansaría en tu consistencia o en la fidelidad de Dios? ¿Cómo se vería anclar tu certeza en lo que Cristo ha hecho?